

VIEJAS ESTAMPAS

EN nuestro mejor afán por evocar la huerta que va desapareciendo, incluso por entonar una llamada precisa a la posible recuperación de lo que aún queda; vamos untándonos del roce de aquella huerta, tocando el polvo de sus quijeros en torno a acequias perdidas, sintiendo los surcos de un paisaje al que nos íbamos acostumbrando, que hemos vivido y amado entrañablemente, pero que ahora es pasto de la máquina y de la debacle urbanística, esto desde la Urdienca y Churra, desde Casillas hasta Zarandona, desde el Raal a Siscar. Todo el entorno huertano se va gastando y la vieja barraca se ve sustituida por el chalé, y esto en la mejor enhorabuena, pero en la peor farsa de la evolución histórica, donde apenas se denota el abrazo entre la huerta y la ciudad, entre el pasado y el presente.

EL MOLINO DE SISCAR

A veces damos con el viejo casucón, con la aparente barraca desusada, con el vetusto molino que no es más que un montón de piedras rotas, casurón venerable que sólo evoca, que siente su orgullo desde su anonimato. Es el viejo, gloriosa ruina que se postra ante la petulante dimensión del orden nuevo, ante la avanzada de lo urbano, de las presiones civilizadoras.

Es precisamente en el contenido del venerable edificio, en la casuca destrozada, donde encuentra el sentido arcádico de nuestras cosas y costumbres, donde retumba el sabor de nuestros antepasa-

dos. *Ante el laminar dorado, quejumbroso de una pared añosa se estampa la gloriosa esfinge, la interesante pose de unas lecturas de páginas briosas que conmueven.* Es espacio donde se centra la gracia y el rito de la luz levantina, potente en los mediodías, cansina en sus tardes otoñales que huelen a frío y humedad. La bondad y hechura de estos soberbios rostros que antaño eran aposentos del huertano conservan ahora su majestad y me alivian de los humores ridículos del tiempo donde la hora es una necesidad imperante, donde la velocidad consume espacios alocadamente. Hay una estirpe en estos aposentos que se van perdiendo, que a veces hay que buscarlos entre los carriles abandonados, o junto a veredas perdidas cerca de la Vega Baja.

Jara Carrillo nos dijo, en una ocasión, que las barracas se fueron “aguas abajo”, entonando el himno de una desaparecida crónica huertana, de pura letanía acurrucada al merancho y al bancal, a la higuera redonda y al tronco soberbio de morera —ese árbol de los dioses penates del paisaje—, porque bajo su sombra se alimenta la huerta entera y aspira su aroma del arca domeñada.

Busco el paisaje de la morera ancha, del tronco sesudo con hebras recias, la casona hundida y el regolfo del agua del molino.

Como el viejo molino del tío Pepe, “el Luis”, sobre la acequia de Zaraiche. Remanso de los olvidos y centro de sugerencias, a la vera misma del camino asfaltado, en la pedanía murciana de Siscar.

He pasado junto a la mole, pétreo del molino, con su torre y aposentos rancios, donde apenas se nota el timbre de sus

viejos ritos, trajín de piedras moliendo el trigo. Añosa morada de almas muertas ya, pero que tuvieron vida propia encajando los instantes de alegría y tristeza, solicitando amores y templando los instrumentos de la labranza, cantando al hogar en la menuda huerta cercana, junto a los otros bancales, para el encanto de los brotes primaverales.

El tío Pepe, el Luis, conocía en los primeros años del siglo que periclitea, los afanes y las menudencias del traficar con animales, llevaba sus vacas a otros lugares y se ganaba el pan con este oficio. Pero mantenía la garra de alguien acostumbrado a pasar horas en la huerta, sabiendo de sus tandas y de la alegría de los nacimientos de hijos y nietos. Tomaba la carga de la existencia con la resignación de aquellos hombres hechos y derechos, apaleados por la cangrena de la humedad de la tierra, una tierra agarrotada entre los surcos, oliendo a azahares en los hermosos ciclos de la cosecha, pero también esgrimiendo el latido del llanto en los malos momentos.

Se le conocía, y bien, al hombrecico del lugar por su acompasado ritmo en sus faenas, por atender a los vecinos en el molino, cuando llevaban el trigo, para pergeñar el amasijo del buen pan, oloroso como una hembra. Después descansó su cuerpo convertido en cadáver, y tocaron las campanas de la iglesia, sencilla ermita dedicada a la Virgen de los Ángeles. ¡Qué hermoso patronazgo de la pedanía!

En el mes de agosto se iluminaba el pueblo para encomiar a su Virgen, mientras los ángeles prudentes la elevaban entre sus brazos... ¡Oh Virgen pura de fervores infinitos!

Sacaban a la Virgencica con su manto plateado de pristina pureza, amor de los

amores, recreada en el mes de mayo, mes de las flores, cuando el caserío revienta de luz y color, cuando estallan los geranios y brotan las rosas encarnadas. Pétalos envidiados por las mejores riquezas del mundo.

El tío Luis que sabía de vacas y de encuentros hogareños salía en la procesión agosteña y vivía el sabor de la fiesta, entre sus amigos íntimos. Conocía las viejas tabernas y el sabor del vino tinto, con un “puñado de torraos”, conversando con el huertano de la casa vecina, con los que iban al molino a estrujar la mies en los giros de las piedras accionadas por la acción del agua de la acequia.

Se murió el tío Luis, nacieron generaciones junto al molino dejándose sus vidas y untándose del agua, recreando la enjundia de los tiempos arcaicos, hasta que el molino dejó de enredarse con el trajín de su faena, para dormitar en la orilla del carril. Ahora es propiedad de dos hijos de José Noguera, que falleció hace años. Que al mismo lo enterró el que es viejecito del lugar Ángel Sarriá Alcanta, que vaga con su bicicleta por el entorno para coger yerba.

Permanece enhiesto el molino, tumbado al costado del camino de asfalto, por donde brotan los vehículos, en el mismo sitio donde antes pasaban los carromatos y las vacas aparecían inquietas, rozando sus quejas.

Antaño habían muchas aceñas, donde ahora tan sólo hay motores de agua, más modernos.

La gente recuerda con agrado aquella vieja faena del molino del tío Luis, “Zamarra”, que llegó a moler “hasta pimientos”.

Atardece en esta zona de huerta, donde se juntan las acequias y terminan sus



Apunte de la huerta. F. Saura Pacheco.

límites. El crepúsculo se arrima con energía a las espaldas del casucón, viejo molino del tío Luis, de Siscar, otorgándole una silueta de estampa huertana, la que busco en mis viajes por un paisaje que se arrima a su fin de trayecto.

Siscar es una aldehuela de olores de azahar, de rosas encendidas y de rumorcico de agua junto al molino abandonado.

LA BARRACA DE JUAN HERNÁNDEZ

Se fueron las barracas por las aguas abajo. Sí, lo dijo Jara Carrillo, el poeta de la huerta, el poeta de lo sutil y de los rumoricos del agua por los partidores.

Se fueron las barracas, como se fue el candil y los alforines de las almazaras. Alguien se duele por ello y nada acude a la mente de los ancianos, a no ser la entrañable rememoración de sus pasadas gestas.

Se duele la huerta entera y añade pesares a los caminos, por donde antaño se conducía a las yeguas. Iba la jaca arreglada convenientemente y se disponían los carros para la recogida de la hierba.

El tío Juan Hernández conocía aquel rumor de agua y de acequia, más allá del Raal, donde se dominan los montes de Arneva y de Hurchilla, lindando con la zona alicantina.

El tío Juan Hernández tenía barraca a la hechura de las arcaicas moradas huer-

tanas, soñando con los humos de los inviernos en su chimenea y con el agua de las fuentes entre las tinajas de color sangre.

Utilizaba el botijo pergeñado con la argamasa del alfarero cansino y retozón. Solía juntar las yeguas con el ubio y santificar la tierra de cada día, de cada mañana y atardecer. Porque saludaba a los surcos y trepaba por las ramas de los árboles sesudos y solemnes, de las moreras de sus amores.

Crecieron sus generaciones: hijos, nietos, todos se aplaudían por los amores familiares, allí mismo donde el albardín sujetaba la techumbre de la barraca, en cuyo interior se comulgaba con la presencia de las oraciones y de los sentimientos. En el interior de la morada, a la orilla del sendero, con aroma de arcón y rocío de alba; el tío Hernández apaciguaba sus sudores al amor de su esposa Dolores, Lolica para los huertanos, vecinos de bien y de consejos.

Dolores servía al marido como buena esposa, leal y fiel, tanto que se untaba con el mismo sudor del recio labriego, roto a veces por el sol y los malos ratos del día.

De día a la noche trajinaba con el azadón y escarbaba la tierra, se ponía a limar las herramientas de su trabajo para tener buena cosecha con el tiempo y la paciencia. De paciencia entendía mucho el hombrecico que rezaba a la Virgen de los Desamparados y bailaba al son de la bandurria en las Nochebuenas de bonanza.

Dolores conocía el saber y entender de su hombre cargado de razones pero siempre con la piel aderezada por la lluvia y el roce continuo del sol.

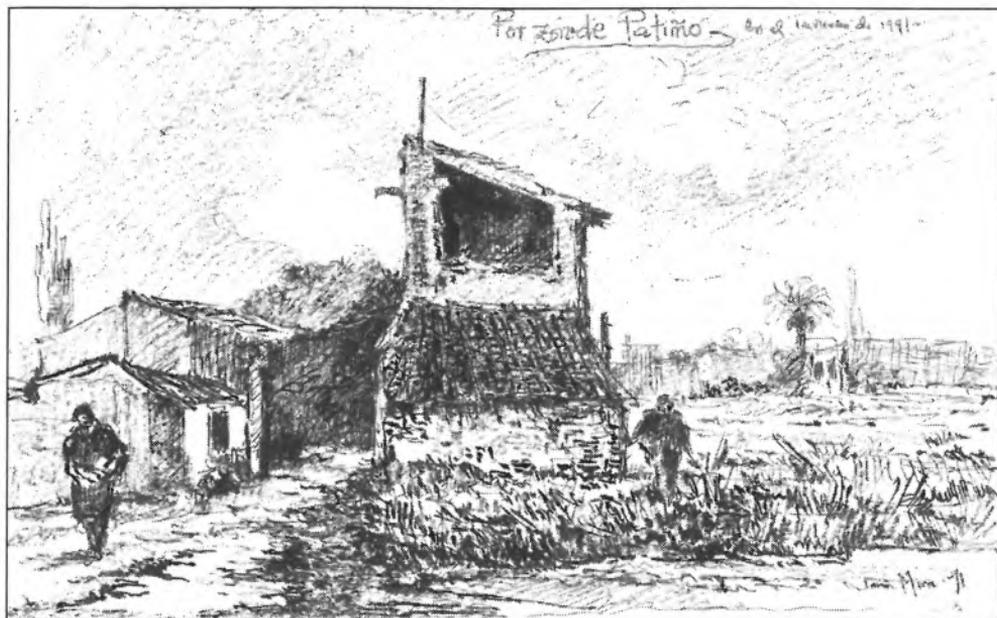
Para Juan Hernández el invierno lo desprecizaba y le daba fuerzas, pero el

verano le obligaba a tumbarse en el portal de su casa a dormir la siesta, se echaba sobre el poyete y dormía, viendo señales de otro mundo, siendo un hombre solitario, mientras Dolores quedaba acurrucada en su vieja mecedora, heredada de su abuela.

Dolores y Juan eran buenas gentes. Los del lugar los querían, eran apreciados por su talante y generosidad aunque impartía envidias, a veces, por razón de sus excelentes trabajos, de su buen corazón. Ella visitaba la tumba de sus padres cada noviembre, mientras él soportaba el dolor de la enfermedad, la que mata en los inviernos cuando se le agarran los huesos al huertano, cuando se desgarran los huesos del cuerpo por la humedad de los inviernos.

El tío Juan Hernández era un huertano cabal, conocía todos los remedios para tratar a los árboles, sentía el calor de los zarzos y el olor a gusano de seda, y sobre todo gustaba de la faena del desembojo, de poner la alfalfa en su sitio y recoger la mies en el mes del estío, en que la huerta calla y revive el viejo mito de Adonis.

Sus padres formaban parte del espíritu huertano, el abuelo era auroro y conservaba las salves en un cuadernillo untado de aceite que siempre estaba sobre la mesilla. Cerca tenía el arca que heredó de sus padres, espacio cálido para aspirar el éter de la memoria, donde el tiempo quedaba registrado, al igual que en las viejas fotografías de su barraca, con apenas un cristal roto. Levantaba la tapadera del arcón para mirar simplemente en sus ratos de soledad. Más que nada le gustaba oler, ver, fijarse intensamente en las mantas, los cobertones de diversidad de tonos, los zaragüelles que él vestía en las fiestas. No sacaba nada de su interior, pero sí lo veía



simplemente, después cerraba el arcón para dejarlo todo como antes, aunque sus ojos se habían situado en otra época.

Dolores vestía de negro, por los lutos continuos. Se ponía el faldón de la faena, cuando era época de la matanza. Entonces se daba cita toda la familia.

¡Cuánta familia venía a los Desamparados, en el tiempo de la matanza!

Algunos llegaban de la Vereda de Casillas, o de la Alberca, o de Oleza, lo hacían en carro, después, a principios de siglo en vehículo.

Daba gloria verlos a todos conjugar la fiesta con el sacrificio del animal y después comerse la sabrosa pitanza.

Comprendía el bueno de Juan la entidad de la gente, la sabrosa convivencia con los suyos, algo que formaba parte de aquel estado casi de naturaleza.

A veces rompía a llorar en su soledad por las ausencias, por sus padres y abue-

los... —Iba al cementerio y rezaba, tanto que se consumía. Pero había de tornar al hogar y sentir el roce de las hortalizas en el verano, o saber del hondo pesar de la escarcha negra, cuando todo se congela.

La barraca quedaba a la orilla del sendero de la pedanía que se enredaba con los límites oriolanos, desde la enjundiosa alquería de los Desamparados, a cuya ermita iban a misa los domingos y fiestas de guardar.

Porque tanto él como su esposa eran cristianos de verdad y sentían la hondura de su religión, respetando la fidelidad de cada tiempo del santoral, aunque en especial seguían a las Ánimas del Purgatorio, en los inviernos y a San Juan Bautista en los veranos, cuando los zagales abrían las hogueras y saltaban nueve veces sobre ellas en señal de buena cosecha.

Transitaban por la pedanía los labrie-

gos con sus yeguas y los pastores traían de Oleza a sus ovejas, para tratar con el labriego que había de pagar el rento a su dueño, y a veces se las tenía que pensar para sacar lo suficiente.

Paz había en el lugar y los carriles olían a flor en el mes de mayo, cuando componían cruces con las rosas y amapolas, con los geranios y las azucenas. Como auroro cantaba en los mayos al caer de las treinta campanadas, de la noche última abrialeña y se regocijaba con el acompañamiento:

“Estamos a treinta de abril cumplido...”

Sí, conocía la liturgia de cada momento y estaba orgulloso de ¡tanto bien que le daba el Señor!

Rezaba a su manera por la noche y a la mañana se levantaba el primero para ver la tierra, el barbecho y mirar al cielo. Se lavaba con el agua de la acequia transparente y estaba listo para cursar otro día, siguiendo los viejos cánones bíblicos de ganar el pan con el sudor de su frente...

Pasaron los años y falleció su esposa Dolores. La lloró amargamente.

—Un hombre sin su esposa no es nada...

—No es nadie.

—Un hombre viejo como yo, sin mi Dolores no es más que un montón de ruina...

Dejó de labrar. Los años se le echaron encima y estaba tan seco como las ramas de la morera.

Juan Hernández no tenía ganas de vivir...

Juan Hernández murió de pena y sus hijos, más de siete, le lloraron y guardan su figura en la memoria. Los hijos salieron a buscarse el pan a otras tierras, se

llevaron tras de sí el olor de acequia y del pan recién sacado del horno, pero vivieron en la ciudad narrándose su propia biografía.

Ahora tan sólo queda un pequeño espacio de la barraca, sujeta a la tierra robusta del lugar, con el horno viejo y los recuerdos...

Queda la sucinta barraca en su mezcla de cubículo y almacén de trastos viejos, donde la gata negra pare hijos sobre una silla de anea.

Queda su hija Rosario, octogenaria, sentándose cada tarde en la puerta, donde antes se ponía a conversar con las vecinas, pero ya está agotada y tan sólo evoca su pasado. Allí, acurrucada en la silla, donde antaño se recogía su madre.

Las mismas cosas están en el interior de la barraca, como reteniendo el sabor de unas voces silenciosas.

Son los restos de una vida. Son los arreos del labrador que se gastan en el anonimato.

El viejo y carcomido arcón de madera de morera suscita voces de alcoba, cuando en la morada el tío Juan y Dolores parieron a sus hijos, cerca de los zarzos con los gusanos de la seda. La artesa se apoya sobre la pared rota, como algo que no sirve para nada.

Las paredes del barracón se ajustan a la letanía de los venerables sucesos que se enredan con el pasado, pero que son simples reliquias donde las mesas del pino rojo se deforman en sus horas remansadas, al igual que los demás objetos de menaje casero que pudieran formar parte de un museo huertano.

¡Qué pena me da todo esto! Tal amasijo de objetos rústicos que un día sirvieron para el trabajo y la cocina, para ser utilizados por manos femeninas o por la

regordeta mano del labriego, como el farolillo sujeto a un clavo.

Es mayo y surge una alegría infinita en el vegetal que hay en el entorno de la barraca, junto a una menuda acequia. Las macetas se erigen en dueñas y señoras con el tupido aporte de flores; una gama densa de geranios, de claveles y rosas rojas, pero también llama mi atención unas matas que por el nombre de alas de la Virgen se las conoce, denso vegetal que se apiña en un lateral de la casa cercana,

junto a una pila donde se escucha el caer del agua.

Desde este punto se baña la imaginación con los reductos del pasado, donde la vida fluía en otra dimensión.

De todo esto he sentido la mirada frágil y honda de doña Rosario, la hija del tío Juan Hernández, que cada tarde, por ahora, se sienta en la misma silla de anea que utilizara su madre, en el interior de la vieja barraca.

Plauto (Cronista de la huerta)